

Marcos Roitman Rosenmann

# Por la razón o la fuerza

Historia y memoria de los golpes de Estado,  
dictaduras y resistencias en América Latina

SIGLO  
XXI  
ESPAÑA



**Siglo XXI / Serie Historia**

Marcos Roitman Rosenmann

# **Por la razón o la fuerza**

**Historia y memoria de los golpes de Estado, dictaduras y resistencias en América Latina**

Versión corregida y aumentada

No ha habido rincón del planeta que, en las últimas cinco décadas, haya sido más castigado por los golpes de Estado que el continente Latinoamericano, golpes que han contado con la promoción y el aval de Estados Unidos. Durante estos cincuenta años los modos en que se ha depuesto a la democracia se han transformado radicalmente: hoy las técnicas son mucho más refinadas, sibilinas; los golpes se ejecutan desde los despachos de los poderes industriales y financieros, con la connivencia de jueces y Policía, con la aprobación de instituciones ajenas a las urnas.

Desde el derrocamiento de Árbenz en Guatemala, pasando por la toma del Palacio de la Moneda y la muerte del presidente Allende en Chile, hasta la autoproclamación de Guaidó en Venezuela con el respaldo de Estados Unidos y sus aliados, *Por la razón o la fuerza* ofrece el descarnado relato de los golpes y ataques a la democracia en América Latina. En él, Marcos Roitman, uno de los más perspicaces analistas de la realidad política latinoamericana, nos invita a revisar la historia y memoria de los golpes de Estado, las dictaduras y las resistencias para arrojar luz sobre un presente marcado, hoy como ayer, por militares, políticos e intereses comerciales que siguen abriendo las venas de América Latina.

**Marcos Roitman Rosenmann** es profesor titular de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid y profesor e investigador invitado en la Universidad Nacional Autónoma de México así como docente en diferentes centros de América Latina. Columnista del periódico *La Jornada*

de México y *Clarín digital* de Chile, entre sus últimos títulos publicados destacan *El pensamiento sistémico. Los orígenes del socialconformismo* (2003), *Las razones de la democracia en América latina* (2005), *Pensar América Latina: el desarrollo de la sociología latinoamericana* (2008), *Democracia sin demócratas y otras invenciones* (2008), *Indignados: el rescate de la política* (Akal, 2011), *Tiempos de oscuridad* (Akal, 2013) y *La criminalización del pensamiento* (2017).

Diseño de portada

RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Marcos Roitman Rosenmann, 2019

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2019

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

[www.sigloxxieditores.com](http://www.sigloxxieditores.com)

ISBN: 978-84-323-1968-6

A todas las víctimas que sufren la persecución anticomunista, dan sus vidas y combaten la explotación capitalista. A los trabajadores de Nuestra América que luchan por romper la dependencia imperialista.

## INTRODUCCIÓN

Controla los alimentos y controlarás a la gente, controla el petróleo y controlarás las naciones, controla el dinero y controlarás el mundo.

Henry Kissinger, secretario de Estado norteamericano, 1973

La historia de América Latina está llena de sobresaltos. Por una parte, las luchas democráticas, los avances en los derechos políticos y sociales; por otra parte, los procesos de involución. Las burguesías latinoamericanas, cuando han sido derrotadas en las urnas, no han tenido rubor en acudir a la técnica del golpe de Estado para mantener sus privilegios de clase. Parecen no aceptar las reglas del juego. Su comportamiento antidemocrático es una de sus señas de identidad.

Los golpes de Estado son recurrentes en la historia del continente. Sus formas evolucionan, al igual que los dispositivos para su realización. No se trata de una excepcionalidad. Asistimos a un cambio de estrategia. El *impeachment*, un recurso jurídico pensado para hacer frente a conductas deshonestas e impedir prácticas corruptas de los presidentes, se tuerce. Se transforma en un arma arrojadiza utilizada para romper el orden constitucional judicializando la política. Su puesta en escena requiere una gran movilización de instituciones: el poder legislativo, el poder judicial, fiscales, abogados y magistrados de la corte suprema, sin menospreciar la retaguardia, medios de comunicación de masas, redes sociales, tertulianos, dirigentes sindicales, líderes de opinión, ideólogos.

La destitución de la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff es un claro ejemplo de lo apuntado. Se ponen en funcionamiento todos los dispositivos. Si en principio el *impeachment* fue considerado un factor de corrección para conductas autocráticas, hoy «describe una forma de guerra asimétrica. Una guerra jurídica que se despliega a través del uso

ilegítimo del derecho interno e internacional con la intención de dañar al oponente, consiguiendo así la victoria en un campo de batalla de relaciones políticas públicas, paralizando política y financieramente a los oponentes o inmovilizándolos judicialmente para que no puedan conseguir sus objetivos, ni presentar sus candidaturas a cargos públicos»[1].

Asimismo, en una maniobra para eliminar la cara más canalla y repudiada de los golpes de Estado, la violencia directa acompañada de represión, tortura y asesinato político, el *impeachment* pierde su sentido y emerge como una forma «limpia» e indolora de golpe de Estado. No se trata del «caso Watergate», cuyo efecto fue la renuncia del presidente Richard Nixon ante la sola posibilidad de ser sometido al *impeachment*. El escarnio público fue castigo suficiente para provocar su caída.

Guerra asimétrica, guerra jurídica, *lawfare* (recurriendo al anglicismo): todo conduce al golpe de guante blanco. Eufemismo para señalar una cirugía indolora. Bien había señalado Kissinger, secretario de Estado en el gobierno republicano de Richard Nixon, al referirse al dictador Augusto Pinochet: «Pedimos un cirujano y contratamos un carnicero».

Los golpes blandos conllevan procesos desestabilizadores cuyo fin es desgastar, horadando los cimientos del poder constitucional. El ejercicio de la violencia, como una actividad complementaria al *impeachment*, le da el empaque necesario para crear una situación de caos, inestabilidad o catástrofe humanitaria. La desestabilización en la acción de organizaciones civiles, amas de casa, trabajadores de la administración, sectores medios, organizaciones empresariales, profesionales, ONG, medios de comunicación de masas, estudiantes, sindicatos independientes..., es la estrategia concebida como «lucha no violenta». El llamado por uno de sus ideólogos, Gene Sharp, *desafío político*. Su operatividad consiste en deslegitimar el gobierno y consolidar los apoyos al golpe blando. La violencia posterior se articula y reorienta a través de grupos paramilitares, sicarios, servicios de inteligencia, bandas del crimen organizado,

grupos neonazis y anticomunistas. El asesinato en Honduras de la líder y fundadora del Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas, premio Goldman en 2015, Berta Cáceres, se inscribe en esta forma de violencia selectiva. Sin embargo, han sido decenas los ajusticiamientos de dirigentes sindicales, líderes campesinos, estudiantiles y periodistas que han defendido la democracia y los derechos sociales, políticos, étnicos, de género y culturales en Honduras en estos años de posgolpe blando. Desde el año 2009, fecha en la cual se derrocó al presidente Manuel Zelaya, han caído víctimas de atentados 57 periodistas. La Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH) subraya en su informe sobre Honduras: «Crímenes de persecución política, asesinatos, desapariciones forzadas, crímenes sexuales, de género y desplazamiento forzado fueron cometidos de forma sistemática como consecuencia del golpe de Estado de 2009. El golpe destruyó el Estado de derecho en Honduras. Destrozó la confianza de la ciudadanía en las instituciones judiciales y de seguridad».

La percepción que se tiene de los golpes de guante blanco, de allí el símil, es su limpieza. La realidad es otra. Lo dicho vincula a Paraguay tras la destitución del presidente Fernando Lugo, así como a Dilma Rousseff en Brasil. En ambos países se utilizó la técnica *impeachment* como mecanismo para el golpe de Estado.

En medio de la crisis actual del capitalismo, significarse como anticapitalista y levantar una alternativa socialista se considera un anacronismo histórico. Declararse marxista o comunista puede ser motivo de mofa, descalificación e insulto. Dirigentes políticos, sindicales, líderes de movimientos sociales e intelectuales partidarios del socialismo-marxista son sistemáticamente caricaturizados y estigmatizados como representantes de alternativas totalitarias, marginales y sin futuro.

Sin embargo, para ser considerados marginales, derrotados y sin futuro, la lucha contra el comunismo sobrepasa la ofensa verbal. Bajo el paraguas de la guerra total, se persigue aniquilar no solo política, sino físicamente a sus defen-

sores. Seguramente, en la «civilizada» Europa occidental, esta práctica haya caído en desuso. Pero se mantiene vigente en el resto de continentes.

Europa occidental prefiere apelar a un discurso más efectivo, interferir en la mente de las personas y lograr consensuar el rechazo al marxismo y el socialismo. La guerra psicológica, el miedo y las campañas publicitarias *ad hoc*, presentan el comunismo como una amenaza para la familia, el individuo, la moral católica, la propiedad privada y el mercado. Por consiguiente, cuando el movimiento popular gana espacios de representación, se constituye en una opción de cambio social, la burguesía y sus aliados se quitan la careta. La clase dominante no tiene empacho en recurrir a la técnica del golpe de Estado para frenar el avance. Cuando lo hace, abandona los principios que tanto enarbola, el *habeas corpus*, la libertad de asociación, reunión y expresión. Los golpes de Estado y el anticomunismo marchan juntos en la historia. Sus comienzos fueron inorgánicos y difusos, pero a medida que los partidos obreros crecieron, sus propuestas ganaron adeptos y votos, el anticomunismo se vertebró como parte de la razón de Estado.

Si hacemos historia, podemos remontarnos a la publicación del Manifiesto Comunista en 1847 y la fundación de la Primera Internacional en 1864 para datar el inicio de la persecución de comunistas, socialistas y anarquistas. Cualquier excusa sirvió para encarcelar, reprimir, censurar y asesinar a sus militantes. La represión ejercida sobre la Comuna de París, entre los días 21 y el 28 de mayo de 1871, evidenció la inexistencia de límites cuando se trata de restablecer el orden burgués. Conocida como «la semana sangrienta», el ejército actuó contra los sublevados, dejando un balance de 30.000 muertos y una ley marcial que se mantuvo durante cinco años.

Entrado el siglo XX, con el triunfo de la Revolución rusa y el nacimiento de la Tercera Internacional se clarificó la estrategia anticomunista. El enemigo tomó cuerpo en el Comintern y la revolución comunista. El peligro acechaba, era obligado blindarse. No hubo vuelta atrás. Las declaraciones

de la Tercera Internacional, llamando a la revolución mundial del proletariado, dieron la voz de alarma. Liberales, conservadores y socialdemócratas unieron sus fuerzas para impedirlo, no importando costes ni métodos. Al anticomunismo se unirá la guerra sucia. Nada será suficiente con tal de salvaguardar los intereses de clase del capitalismo.

Pocos han sido los momentos en los cuales la burguesía liberal y su razón cultural se han sentido cuestionadas por otro fenómeno ajeno a la «amenaza comunista». Cuando esa posibilidad se concreta, como sucediese con el nazifascismo en los años treinta del siglo XX, busca la colaboración y el apoyo de la izquierda, dejando de lado el carácter marxista y comunista de sus militantes y organizaciones.

Durante la Segunda Guerra Mundial los países occidentales buscaron cobijo en la Unión Soviética y la resistencia partisana en la lucha contra Alemania y el nazismo. El objetivo: unir las fuerzas antifascistas y evitar el triunfo de Hitler y el Tercer Reich. Fue el concurso de la Unión Soviética, en plena época estalinista, lo que cambió el curso de la Segunda Guerra Mundial. Las tropas alemanas de la Wehrmacht, al mando del general Paulus, vieron cortado su avance en el Volga. El ejército rojo, entre agosto de 1942 y febrero de 1943, combatió sin descanso. La derrota nazi en la batalla de Stalingrado fue un punto de inflexión. Las conclusiones de los estrategas fueron inmediatas: las fuerzas alemanas no disponían de suficiente material de guerra ni abastecimiento para emprender la ofensiva. El Ejército Rojo de la Unión soviética dio el golpe de gracia en agosto de 1943, en la batalla de Kursk. El mariscal nazi Erich Von Manstein vio cómo en dos meses fueron inutilizados y destruidos más de tres mil tanques Panzer. El General del Ejército Rojo, Georgi Zhúkov, siguió su avance hasta Berlín, logrando la rendición del Tercer Reich. Tras dos meses de enfrentamientos, entre el 14 de abril y el 2 de mayo de 1945, la bandera soviética fue izada en el bunker hitleriano. En el recuerdo, si atemperamos datos, yacieron veinte millones de ciudadanos soviéticos, civiles y militares asesinados en la ofensiva nazi.

El lanzamiento de las dos bombas atómicas sobre Japón en Hiroshima y Nagasaki, el 6 de agosto de 1945, puso un dramático final a la Segunda Guerra Mundial. Los países del eje capitularon. El enemigo había sido derrotado. El comunismo volverá a ser el enemigo. Se acabaron las buenas maneras y se desataron las hostilidades. El 12 de marzo de 1947, el presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, pronunció un discurso histórico llamando a preservar la forma de vida de Occidente frente al terror comunista. Sentaba así las bases de la Guerra Fría.

La persecución de socialistas-marxistas y comunistas se convirtió, en los países occidentales, en labor prioritaria. Simultáneamente, se producía un acercamiento a los nazis y colaboracionistas. Muchos de ellos miembros destacados de las SS, militares de alto rango y científicos serán rescatados para emprender una nueva guerra. Identidades falsas, una nueva vida y el compromiso de protegerles a cambio de servir a los Estados Unidos y las potencias aliadas. Estados Unidos recibiría a cientos de nazis para trabajar en sus planes anticomunistas. El Juicio de Núremberg, celebrado en 1946, era historia.

Se declaró la guerra a muerte a los afiliados y simpatizantes comunistas en todo el mundo occidental. Se ilegalizó a los partidos obreros. Bajo el paraguas anticomunista se reprimió a las organizaciones sindicales y políticas, colgándoles el San Benito de subversivas. La tortura, el asesinato y la cárcel fueron los instrumentos preferidos para doblegar voluntades y someter a los pueblos. En Estados Unidos, el senador Joseph McCarthy emprendió una «caza de brujas», la mayor razia a ciudadanos acusados de profesar ideales comunistas o marxistas-socialistas. Aunque no había que llegar a ese extremo, ser familiar, amigo o allegado abría las puertas para ser detenido y llevado a campos de concentración.

En 1950, McCarthy llevó al paroxismo el delirio anticomunista indicando que en el Departamento de Estado trabajaban infiltrados más de 200 agentes comunistas. Fue la fórmula para perseguir a educadores, científicos, actores, tra-

bajadores, miembros del partido demócrata o republicano, que fueron tildados de filo-comunistas. Charles Chaplin, Albert Einstein, Robert Oppenheimer, padre de la bomba atómica, sufrieron la ira de McCarthy. Oppenheimer llegó a ser expulsado de la comisión de energía nuclear. Muchos otros fueron encarcelados, deportados o perdieron sus puestos de trabajo. Cientos de personas se suicidaron, se exiliaron o directamente abandonaron el país[2]. Su caída en 1954 fue precedida de la acusación de solicitar trato de favor para uno de sus colaboradores en el ejército. El juicio fue televisado, la gente pudo ver a un senador brabucón, insultante y engreído. Fue destituido con los votos de senadores republicanos y demócratas. «Y, sin embargo, si McCarthy se había ido, el macartismo dejó como herencia un gran cuerpo de leyes prácticas basadas en la idea de que había una “prueba del tornasol” para el americanismo, y que era tarea del gobierno hacer pasar esta prueba a todos los que habían servido en una institución pública. El elaborado aparato improvisado en los cuarenta cristalizó como maquinaria permanente del sistema de seguridad norteamericano. A la Ley Smith de 1940 y la Ley de Seguridad Interna de 1950, se añadió la Ley de Control Comunista en 1954, que puso fuera de la ley al Partido Comunista. Así como en los días anteriores a la guerra civil la hostilidad sureña a la abolición gradualmente se convirtió en una hostilidad a todas las ideas liberales del siglo XIX, ahora la hostilidad a la subversión se convirtió en una enconada oposición a quienes defendían los derechos de los negros, a quienes proponían el reconocimiento de China Comunista y apoyaban la atención médica a los ancianos y, como dijo Arthur Schlesinger, a quienes creían en el impuesto sobre la renta, la fluorización de las aguas y el siglo XX»[3].

El control hegemónico de los Estados Unidos cambió el eje gravitacional del poder planetario. Los países del llamado Tercer Mundo, Asia, África y América Latina, fueron cobayas para llevar a cabo la estrategia anticomunista y golpes de Estado. Cualquier régimen que osara plantar cara al imperialismo norteamericano sufriría las consecuencias en

forma de acciones encubiertas, desestabilizadoras, sabotaje y, por último, patrocinando un golpe de Estado.

Nacionalizar las riquezas básicas será una razón suficiente. En Irán, la CIA, junto con los servicios de inteligencia británicos, el M16, idearon el plan para acabar con el presidente Mohammed Mosaddegh el 18 de agosto de 1953. El recambio, instaurar una de las más férreas tiranías bajo el reinado del Sha Reza Pahlavi. En Guatemala, un año más tarde, la CIA urde el plan para deponer al general Jacobo Árbenz, presidente constitucional enfrentado a las compañías bananeras. El golpe de Estado cierra el proceso democrático más avanzado conocido en la región centroamericana. La lista se hace interminable; en todos está presente el asesinato político, el exilio y la persecución a los militantes y partidos comunistas.

En los años sesenta del siglo pasado, durante el proceso descolonizador en África y Asia, los Estados Unidos y sus aliados extendieron el ideario anticomunista, acompañándolo de una estrategia contrainsurgente y antisubversiva. El punto de inflexión lo constituye la Guerra de Argelia y las estrategias desarrolladas por las fuerzas armadas francesas para combatir a los gobiernos nacionalistas y antiimperialistas. Indonesia será objeto de un cruento golpe de Estado que acaba con Achmed Sakurno, líder nacionalista que gobierna en coalición con el Partido Comunista de Indonesia (PKI) en 1965. Considerado un peligro para los intereses norteamericanos y un mal ejemplo a seguir, se impone en el poder al general Haji Mohammad Suharto. Entre 1965 y 1966 se asesina a más de medio millón de afiliados y simpatizantes del Partido Comunista. Un informe redactado en Yakarta a poco de practicar el genocidio por los funcionarios de la Embajada de Estados Unidos, enviado al Departamento de Estado, señalaba: «El fervor musulmán en Atjeh parece haber dejado fuera de combate a casi todos los miembros del PKI y han clavado sus cabezas en estacas colocadas en los márgenes de los caminos. Se dice que han arrojado los cuerpos de las víctimas del PKI a los ríos o al mar porque los atjeheneses se niegan a "contaminar con

ellos el suelo de Atjeh"»[4]. La CIA proporcionó listas de miembros del PKI al nuevo régimen para proceder a su detención y muerte.

En América Latina los golpes de Estado han seguido un itinerario inmerso en la estrategia de la tensión. Primero, guerra psicológica, una cuidada campaña del miedo aludiendo a la amenaza comunista, luego la desestabilización política, el estrangulamiento económico, mercado negro, evasión de capitales y, por último, la movilización de las hordas fascistas para crear un estado social de «caos». Entre sus acciones: ataque a sedes de partidos obreros y sindicales, sabotaje de infraestructuras, puentes, líneas férreas, carreteras, edificios públicos, etc. Todo para pedir a las fuerzas armadas su intervención a fin de restaurar el orden social y político, acabando con la ingobernabilidad. Un llamado a salvar la patria con la excusa de existir un plan subversivo para instaurar un régimen totalitario, asesinar a opositores e imponer el terror rojo. Hoy Venezuela es el mejor ejemplo de esta estrategia anticomunista.

En Chile las fuerzas armadas apelaron a un supuesto «Plan Z» elaborado por la izquierda en dos fases, la del autogolpe y la insurrección armada para romper el orden constitucional. En la primera, según relatan, el gobierno «marxista» detendría a los principales dirigentes opositores, a los miembros de las fuerzas armadas, periodistas y personalidades anticomunistas, para asesinarlos. Luego, seguiría la toma de cuarteles y la insurrección popular. En el momento culmen, Salvador Allende saldría al balcón del palacio presidencial, La Moneda, proclamando el advenimiento de la República Democrática de Chile. A continuación, se izaría en el mástil principal del Palacio una nueva bandera: roja con una estrella amarilla en el lateral izquierdo. Dicho Plan Z, publicitado hasta la saciedad desde el momento mismo del golpe, el 11 de septiembre de 1973, nunca pudo ser probado. Quienes se remitieron a él se desdicen y lo consideran parte de la guerra total: «ellos o nosotros». La Democracia Cristiana participó de esta farsa. Patricio Aylwin declaró pocos días después del golpe de Estado: «Noso-